

## Los cien primeros años de una fecunda soledad

# RAINER MARIA RILKE

«Ciertamente es extraño no poder habitar más la tierra, dejar para siempre de practicar (unas costumbres apenas aprendidas...».

(R. M. R., «Elegías de Duino», I.)

**E**L 4 de diciembre de 1875 —es decir, va a hacer un siglo— nació, en Praga, Rainer Maria Rilke, «el poeta de los tiempos míseros», en expresión de Martin Heidegger. El recién nacido era sietemesino, segundo de los hijos de un empleado de ferrocarriles y de una dama con muchas pretensiones de grandeza, aparentemente católica fervorosa, que en la primera infancia educó a Rainer Maria —bautizado René— como a una niña, quizá para suplir la ausencia de la hija ya muerta. Rilke llegó a este mundo, tan difícil de habitar, «con el Sol en Sagitario, Luna, Marte y Saturno, en Acuario y Venus en Capricornio en triángulo con Neptuno. Es una constelación que indica la preferencia por lo intangible y lo imaginario más allá del horizonte» (1). Este dictamen del astrólogo, si bien efectuado sobre aguas pasadas, nos pone en la dirección de la estrella del poeta más asendereado de nuestro tiempo y, a no dudarlo, el más analizado y desmenuzado por la crítica, y no sólo la estrictamente literaria. Pensadores como Heidegger y Guardini la expresaron hasta arrancar conclusiones que el mismo Rilke hubiera discutido o rechazado de plano; él, tan escéptico en materia de exégesis. Pero de todas esas cosas, quien desee profundizar en el vasto caudal rilkeano encontrará suficientes referencias gracias a sus dos mejores estudiosos e intérpretes españoles: Jaime Ferreiro Alemparte y José María Valverde. Ferreiro, además de traducirnos varios ensayos sobre Rilke, ha escrito un estudio capital («España en Rilke», Ediciones Taurus), donde contempla minuciosamente la estancia del poeta en España, entre 1912 y 1913, e incluso las influencias de clásicos castellanos en su producción ulterior. Ferreiro tiene publicada en la Colección «Austral» (Espasa Calpe) una magnífica antología poética rilkeana, y, de un momento a otro aparecerá un «Epistolario español», que piensa completar con uno de temario más amplio; ambas son aportaciones al centenario del escritor alemán. Por otro lado, este profesor español de la Universidad de Francfort nos ha dado a conocer la biografía rilkeana de Hans Egon Holthusen (Alianza Editorial). En su apéndice figura una

abundante bibliografía en castellano, siempre relativa a un autor fundamental del siglo XX prácticamente desconocido antes de su muerte (diciembre de 1926) en los medios literarios sepañoles y cuyo valor supo reivindicarnos en seguida Antonio Marichalar.

José María Valverde preparó una extensa antología de poesía y prosa —aquella con texto bilingüe—, editada espléndidamente por Pla-

dores de Rilke. Así, un médico como Ruf Carballo habla de él con asiduidad en sus artículos, aparte de haber escrito una selección de ensayos breves que, bajo el título «Entre el silencio y la palabra» (prólogo de Gregorio Marañón, Aguilar, 1960), tienen al poeta como «leit-motiv». El padre Federico Sopena, en su libro «Música y literatura» (Ed. Rialp), se ocupa repetidas veces de R. M. R., aun-

que yo sepa, que recomienda —en «Fantasía en la plazuela»— la lectura del danés Jens Peter Jacobsen, botánico, novelista y poeta, cuyos libros acompañaron siempre a Rilke. Eso, pese a que no todo lo de J. P. J. está traducido, o se ha editado en español, esporádicamente, ya hace tiempo). Que el pensamiento y los versos de R. M. R. son un venero inagotable, lo demuestra el hecho de que Luis González Seara utilizara en cierta ocasión («Ya» 15-II-74) fragmentos rilkeanos para aleccionar a la clase política española: «Activismo político y participación» (2). Cita el soneto XXII (a Orfeo): «Todo lo presuroso/pronto estará pasado, / pues sólo nos consagra/aquello que se queda».

### Política, una adscripción imposible

Y ya que hemos de relacionar de algún modo a Rilke con la

(2) Por cierto, que en aquel artículo, González Seara incurrió en un error de localización textual cuando tomaba de «Cartas a un joven poeta» una frase que pertenece en realidad a «Los cuadernos de Malte Laurids Brigge».

## Gonzalo Garcival

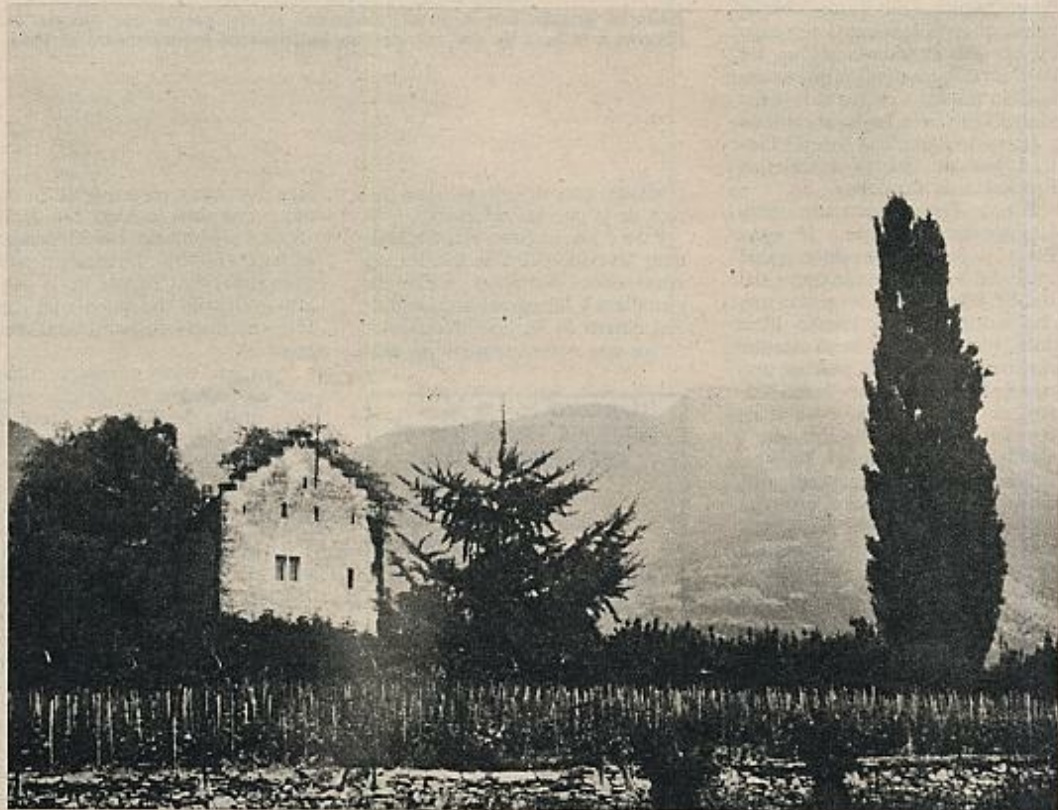
za & Janés en la Colección «Maestros de hoy». En 1974, Valverde —que en otras muchas ocasiones se ha revelado experto conocedor del acervo rilkeano— publicó una traducción del relato «Edwald Traggy», prologado con gran acierto.

### Propagandistas de R. M. Rilke

Antes de acometer el verdadero propósito de mi empeño, limitado por fuerza, quisiera dejar constancia de algunos otros escritores españoles, todos devotos propaga-

dores de Rilke. Así, un médico como Ruf Carballo habla de él con asiduidad en sus artículos, aparte de haber escrito una selección de ensayos breves que, bajo el título «Entre el silencio y la palabra» (prólogo de Gregorio Marañón, Aguilar, 1960), tienen al poeta como «leit-motiv». El padre Federico Sopena, en su libro «Música y literatura» (Ed. Rialp), se ocupa repetidas veces de R. M. R., aun-

que yo sepa, que recomienda —en «Fantasía en la plazuela»— la lectura del danés Jens Peter Jacobsen, botánico, novelista y poeta, cuyos libros acompañaron siempre a Rilke. Eso, pese a que no todo lo de J. P. J. está traducido, o se ha editado en español, esporádicamente, ya hace tiempo). Que el pensamiento y los versos de R. M. R. son un venero inagotable, lo demuestra el hecho de que Luis González Seara utilizara en cierta ocasión («Ya» 15-II-74) fragmentos rilkeanos para aleccionar a la clase política española: «Activismo político y participación» (2). Cita el soneto XXII (a Orfeo): «Todo lo presuroso/pronto estará pasado, / pues sólo nos consagra/aquello que se queda».



El «Château» de Muzot, a tres kilómetros de Sierre, en el Valais (Suiza). Aquí vivió Rilke los cuatro últimos años de su vida (1922-1926). Paul Valéry lo describió así: «Un castillo terriblemente solo en un vasto paisaje montañoso muy triste; habitaciones antiguas, de muebles sombríos, de días estrechos; aquello me oprimía el corazón».

(1) «Dat bent U. Boogschutter», por A. Barbault, versión holandesa de André Peters.

política, avancemos sobre uno de los puntos que hemos prefijado para este trabajo. Pero hagamos abstracción de su caso personal, con olvido de otros muchos escritores, contemporáneos de él, que adoptaron posturas concretas en el terreno político (v. gr., Machado, nacido el mismo año). El poeta checo —decimos «checo» en la acepción puramente gentilicia— es respecto de la cosa política no menos ambiguo que en sus actitudes frente a la religión o en el amor, por ejemplo. El binomio Rilke-política, no creo que esté estudiado aún de forma aislada, de otra parte.

Por de pronto, J. R. von Salis es terminante: «Rilke no perteneció a ninguna escuela filosófica, ni a ningún grupo literario, a ningún partido político y absolutamente a ninguna confesión religiosa». Jaime Ferreiro me confirma el aserto que dejo subrayado. Los avatares de la Primera Guerra Mundial, que le envolverían personalmente, quizá dieron pie a R. M. R. para exponer juicios en torno a situaciones sociopolíticas definidas, pero por esa vía no llegamos a nada esclarecedor. Holthusen dice, al referirse a un presunto compromiso político, cuando los sucesos revolucionarios de 1918 en Alemania: «De hecho, la suerte de este hombre, en apariencia tan asocial, estuvo mucho más profunda y misteriosamente ligada con el destino de la sociedad de su época, que la mera existencia retórica de ciertos sermoneadores y escritores a destajo y políticamente comprometidos, los cuales terminaron por desaparecer con la misma actualidad que los había encumbrado» (3). En ningún caso Rilke tomó partido: Sus simpatías o afinidades, aun en plena contienda, no pertenecen ni a un bando ni a otro. Fue el ejemplo más acrisolado del espíritu que soñaba Romain Rolland, el del «audeus de la mêlée». Y los mejores testimonios de ello han quedado en su correspondencia. Su europeísmo inalienable, cultural, estético o sentimental, si se quiere, superaría el trauma sangrante del torbellino bélico. Alguien quiere interpretar el abandono del territorio alemán por parte de Rilke al término de la Gran Guerra como un signo de desafección patriótica. Federico Sopeña (obra citada) dice: «Mientras, no lejos, el solitario Rilke ve con cierta satisfacción, con cierto larvado egoísmo, lo que el fascismo tiene de seguridad, los otros (habla de S. Zweig, Reinhardt, Toscanini, Bruno Walter), aun antes de la persecución, defienden lo que luego parecerá anacrónico, y que entre nosotros se llamará, con Marañón, cultura liberal». ¿No se habrán olvidado de que el poeta tuvo que marcharse de Alemania empujado por los ataques de los nacionalistas rabiosos, quienes le llamaban traidor a causa de sus manifestaciones antibelicistas, o simplemente por tener amigos al otro lado del Rin y escribir en francés?

(3) El capítulo de la biografía de Rilke en que figura este párrafo abunda en datos referentes a la perspectiva del poeta durante la guerra en Munich y Viena.



«En el arco de las cejas, la persistencia de una raza noble, / la mirada todavía con el temor y el azul de la infancia, / humildad por doquier, mas no la de un lacayo, / sino la del hermano lego o la de una mujer» (R. M. R.: «Retrato del poeta», 1906).

Los malentendidos no son un buen procedimiento para arrojar la luz sobre puntos tan oscuros como éste. ¿Aceptaríamos el supuesto de un Rilke fascista por haber leído una vez en el diario «Arriba» un trabajo que firmaba Ismael Herraiz —recordatorio del vigésimo quinto aniversario de la caída del Fascio—, cuya primera entrega se hizo proceder de un elogio, a primera vista sincero, de la figura de Mussolini, y formulado en carta a la duquesa Gallarati-Scotti? (4). Pues de hecho, nada que rebase algunas consideraciones estetizantes, anteriores o posteriores, avala esa sospecha en la persona de Rilke. En todo caso, Rilke fue una víctima propicia para los intransigentes. André Gide le escribía, en noviembre de 1922: «He insistido en la asamblea de amigos de Proust para que usted figure en el número que la «Nouvelle Revue Française» edi-

(4) Un Tomasso Gallarati-Scotti firmó en 1925 el «Contramanifiesto» con que Benedetto Croce y otros intelectuales italianos replicaron al «Manifiesto» del ministro de Educación, Giovanni Gentile (Alastair Hamilton: «La ilusión del fascismo». Caralt, Editor).

tará en honor del difunto; mas bajo la presión, sin duda, de su amigo Leon Daudet, cuyo nacionalismo rabioso usted no ignora, el hermano de Proust ha declarado que no admitirá que ningún escritor alemán se acerque a esta tumba. ¡Qué penoso es todo esto!...».

Y eso que Rilke fue uno de los primeros descubridores de la categoría literaria de Marcel Proust.

### Su obra, en el purgatorio del nazismo

Rilke murió, por fortuna, antes del advenimiento del nacionalsocialismo. Huelga decir que lo hubiera despreciado tanto como odió al nacionalismo de corte prusiano. Su obra no fue taxativamente fustigada por los inquisidores nazis, pero sí sufrió —según me manifestó J. Ferreiro— un tático menosprecio, ya que se la tachó de poco viril, de poco «épica».

No obstante, eran muchos los combatientes de la Segunda Guerra Mundial, alemanes cultos, los que

buscaban confortación en ella, especialmente en el «Réquiem para un poeta» («a Wolf, conde de Kalckreuth», suicidado en 1906, al poco de ingresar voluntario en el Ejército). Este poema es el que termina: «¿Quién habla de victorias? Sobreponerse es todo».

J. M. Valverde —«Historia de la literatura universal», tomo III. Ediciones Planeta— señala que la viuda del poeta, Clara Westhoff —de la que, bien sabido es, vivió separado—, fue convertida en una especie de figura de atracción dentro del montaje «cultural» de Goebbels. El ministro de Propaganda conducía hasta el retiro de aquella insigne viuda a los intelectuales extranjeros propicios a la misión «civilizadora» del Reich.

Tales deferencias, sin embargo, nada tenían que ver con un reconocimiento oficial u oficioso de la contribución rikeana a las letras germánicas. Por lo demás, si los versos de R. M. R. no fueron quemados públicamente, como sucediera a los de Heine, debió de responder a que se daba por supuesto su linaje ario. Lieselott Delfiner-Leopold, rendida admiradora del pragués, a la que se debe un sorprendente perfil biográfico —incorporado a la precitada antología hecha por Valverde—, sostiene que la madre de Rilke era de ascendencia judía.

Algo que no admite contestación es que Rilke no fue racista. Si era por decirlo de algún modo, anti-revolucionario, y muy reacio a cuanto significara masa, aglomeración, vorágine deshumanizada. A menudo da la impresión de que participara de las ideas elitistas de un Ortega y Gasset, un Splenzer o cosa así. Entiendo que a Rilke le preocupaba grandemente que un cambio demasiado radical del orden que él sobreentendía en el mundo, pudiera amenazar sentimientos y relaciones entrañables entre el hombre y la Naturaleza.

«Una casa en la mente americana —escribía, en 1925, a Witold Hulewicz—, una manzana o una vid americana, no tienen nada en común con la casa, la fruta, el racimo en que habían penetrado la esperanza y el ensimismamiento de nuestros antepasados... Las cosas vividas y animadas, las cosas que comparten nuestro saber, decaen y no pueden ya ser sustituidas». ¿Era Rilke el último de los poetas románticos, o el primer pensador existencialista, como pretende Heidegger? (y no olvidemos, en medio de suposiciones como la segunda, a otro pragués ilustre, Franz Kafka).

### Adivinación y llegada de la Gran Guerra

En diversos lugares de su obra, R. M. R. arremete contra el periodismo, que le parece casi como el muladar de la Literatura, con Mayúscula. Se opone enérgicamente a la trivialización de los hechos y de los problemas, que lo caracterizan, según él. Esa pre-

## RAINER MARIA RILKE

vección ante lo periodístico no fue impedimento para su colaboración en la prensa, cuando, aún advenedizo en los círculos literarios, necesitaba prestigiarse y justificar su nuevo modo de vida. A R. le molestaba del periodismo el empeño en adelantarlo todo antes de consumarse el acontecer. Aun así, basta hojear su pródigo epistolario para convenir en que el gran poeta poseía esa agudeza clarividente que adorna a los buenos periodistas. Desde el retiro de Ronda escribía a la princesa Marie von Thurn und Taxis Hohenlohe —la dueña del castillo de Duino—, en diciembre de 1912, y acerca de la psicosis de guerra que se cernía sobre Europa: «La política pone especial interés en precipitar los acontecimientos, sería una burla de mal gusto si obrara con la lentitud del Buen Dios» (5).

Y la guerra, por fin, estremeció al continente. Y al talante de un Rilke antimilitarista ya desde su paso, apenas adolescente, por dos Academias del Ejército austro-húngaro, adonde el padre le había enviado con la ilusión de que el hijo hiciera la brillante carrera castrense que en él se había frustrado. La guerra acabaría poniendo ante sus ojos un balance desolador: sus amigos, muertos; sus modestas pertenencias de París, incautadas por el Estado francés; su refugio-torre de marfil de Duino, abatido por los bombardeos; la barrera de las hostilidades, interpuesta entre él y sus cofrades literarios de Francia...

«... Sopesad  
si no seréis más bien el dolor.  
[Dolor en acto. El dolor tiene  
también su júbilo. ¡Oh, entonces  
[se levantará sobre vosotros  
la bandera en el viento, que  
[llega del enemigo!  
¿Cuál? La del dolor. La bandera  
[del dolor. La pesada,  
la convincente tela del dolor...»

Estos versos son un fragmento de los «Cinco cánticos» (agosto de 1914), en la traducción de Jaime Ferreiro; poemas del desaliento bajo la catástrofe bélica. La Gran Guerra no trajo a Rilke, claro es, más que amarguras, y agostó las fuentes de su inspiración, cortó violentamente la fidelidad al lema rodiniano —aceptado con enorme fervor por R. M. R.— del «*toujours travailler*». En 1914, Rilke ya consideraba a Francia como una segunda patria. Mas la conflagración

le sorprende en Munich. En esta ciudad se enteraba de que sus pertenencias de París habían sido intervenidas y subastadas al precio de 538 francos; eran muebles y libros. Stefan Zweig, a quien Rilke encontró en Viena, escribió a Romain Rolland —el combativo pacifista, frente al xenófobo alemán Hofmannsthal y adláteres—, y le expuso el problema del poeta. Rolland, a su vez, se dirigió a André Gide (6), con la siguiente alarma: «¡Hagan ustedes lo que puedan por el honor de Francia!». Y Gide gestionó lo concerniente al apartamento parisiense, vendido a aquellas alturas, y logró recuperar una parte de los efectos personales de su amigo.

Por otro lado, ningún esfuerzo

(5) La Editorial Central (Buenos Aires, año 1953) dio a la luz nutrida correspondencia que mantuvieron Rilke y Gide entre 1909 y 1926.

fue suficiente para impedir que Rilke se incorporase a las filas del Ejército imperial. Se hicieron gestiones para evitarlo, incluso desde el bando rival, pero todo resultó inútil. Pese a su precaria salud y a cualquier otra objeción, en diciembre de 1915, la burocracia ganó la baza, y el poeta —en una primera instancia declarado inhábil para el servicio— tuvo que soportar un período de instrucción militar. Luego de destinarse a cometidos rutinarios en el Archivo de Guerra, los cuales sobrellevó sin pena ni alegría, o más bien con lo primero, fue licenciado definitivamente en junio de 1916. El autor del «Canto de amor y muerte del corneta Christopher Rilke», como se ve, no envidiaría jamás la heroica gesta del sugestivo personaje, pergeñado en una noche de febril dedicación, más por requerimiento del prurito familiar de atribuirse

antepasados aristocráticos, que por obediencia a su personal concepción de lo épico.

### Su patria, todo el mundo

Otra faceta rilkeana digna de glosa es la cualidad de «ciudadano del mundo», condición que se exterioriza en escrito y aun en actos. Rilke fue un apátrida, por expresar esto en términos convencionales. Se han interpretado sus inagotables ansias de viaje, de recorrer tierras, como una búsqueda permanente del «Weltinnenraum» («espacio interior del mundo»), idea y palabra originales suyas. Rilke se sintió siempre impulsado a descubrir nuevas latitudes una vez que soltó amarras de los estrechos ámbitos provincianos en que se desarrolló su primera juventud. Sabemos cuánto conmocionaron su ánimo París —esas impresionantes pinceladas sombrías de la «Ciudad Luz», la inmensidad mística de Rusia, la irrepetible experiencia de estar en Toledo o en Ronda. Iba recorriendo las naciones, pero reparaba en lo de dentro más que en las apariencias sólo pintoresquistas de las cosas. España, según él, merecía ser contemplada con los ojos cerrados; España, como la increíble corporeidad de Toledo, eran para él más dignas de la admiración que de la simple ojeada.

Visitó la mayor parte de la Europa continental y algo del Norte de África. Tamaña avidez andariega tenía un único objeto: acumular vivencias, sensaciones de esas que no se encuentran en la frialdad de los libros...

Pero la vida aún tiene hechizo:  
[en cien lugares  
hay todavía origen. Hay un juego  
[de fuerzas  
puras que nadie toca si no se  
[admira y postra».  
(«Sonetos a Orfeo», 2.ª parte, X.)

Consecuencia directa del fuerte interés por lo extranjero la vemos en sus amplios conocimientos de idiomas. Sabido es que una parte muy respetable de su poemario está escrita en francés («Les Vergers», «Les roses», «Les fenêtres», etcétera). Rilke se lamentó en alguna ocasión de no haber nacido francófono, porque echaba en falta en el alemán posibilidades expresivas. Tradujo a su lengua nativa a Paul Valéry y a Gide, entre otros autores franceses, y parece ser que con todos los parabienes de los traducidos. Otros idiomas en los que se inició: el danés, que,



La tumba del poeta, en Rarogne, con la lápida que contiene el famoso epílogo, escrito por él mismo.

(6) En «Historias del Buen Dios» (1904), cuya más reciente versión española apareció en la serie «Rotativa» (Plaza & Janés), el capítulo «De qué manera un dedito llegó a ser el Buen Dios» ofrece una pintoresca divagación sobre el concepto de Europa

como Unamuno, estudió para poder leer en el original a Kierkegaard, aunque de primera intención le alentaran a ese aprendizaje los libros de J. P. Jacobsen; el inglés, que necesariamente manejó para conseguir la versión alemana de los «Sonetos de la portuguesa», de Elizabeth Barrett Browning. Existen razones para creer que leyó un poco el castellano, con ocasión del viaje a España. Sin duda, se defendía también en italiano. Por lo que al ruso se refiere, llegó a escribir en él algunos poemas —yo no podría decir cuáles—, además de cartas, entre ellas, las destinadas al pintor Leonid Pasternak, padre del futuro Premio Nobel Boris P., a cuyos pinceles debemos un retrato del poeta. Rilke elaboró «El libro de Horas» bajo la impresión que le dejara el alma eslava. No oculta en dichas cartas su confianza en el talento literario de Boris Pasternak, con quien cruzó también varias epístolas. Boris, por su parte, dedicaría a la memoria de R. M. R. el libro «Confesiones» (7). Debieron de ser los versos del pragués la causa incitante de la incursión de B. Pasternak en la literatura: Antes habla tanteado en los campos de la música y la filosofía.

En líneas generales, puede decirse que Rilke puso sus preferencias en la nómina de los escritores extranjeros, antiguos o contemporáneos, por encima de los de habla alemana. Hemos de señalar, de otra parte, que el idioma checo no lo utilizó nunca.

## El reverso de un donjuán

No deja de ser una feliz circunstancia que el centenario de Rilke coincida con el Año Internacional de la Mujer. Y decimos esto por mor de que pocos escritores habrán tratado de la condición femenina con igual exquisitez y acierto que Rilke. Si no fue un galanteador en el aspecto, digamos, táctico, sí que gozó R. M. R. de un envidiable ascendente entre las más ilustres féminas de su época. ¿Qué requiebros más gratificadores y menos dados al tópico que los que él dedicó a sus amigas, halagos donde quiera y cuando quiera seleccionados con el mayor refinamiento? Hasta en eso dio muestras de enorme intuición. Sirvan para muestra estas palabras, de la séptima de sus cartas a Franz Xaver Kappus (8): «La humanidad de la mujer, madurada en los dolores y



Estatua de Rilke en Ronda, obra de Nicomedes Díaz Piquero. Fue colocada en ocasión del XL aniversario de la muerte del poeta frente al hotel Reina Victoria, donde se había alojado.

las humillaciones, saldrá a la luz cuando lo joven haya mudado los convencionalismos de lo exclusivamente femenino en las metamorfosis de su condición social, y los hombres, que aún hoy no sienten llegar esto, se verán sorprendidos y vencidos. Un día (de ello, sobre todo en los países nórdicos, ya hablan e ilustran signos inequívocos), un día la joven será, y será la mujer, y sus nombres no significarán más lo mero contrario de lo masculino, sino algo por sí, algo por lo cual no se piense en ningún complemento ni límite, sino nada más que en la vida y ser: el ser humano femenino». ¿Rilke, profeta de la «woman's liberation»?

Que el matrimonio Rilke-Wes-

thoff apareciera como una unión al margen de lo establecido —no hubo divorcio formal, ni siquiera enfrentamiento, pero tampoco convivencia discretamente duradera—, no entraña en R. M. R. la más leve reticencia frente al sexo femenino. Las mujeres que le amaron de verdad no llegarían a retenerle junto a sí, por lo menos más allá de su indeclinable aspiración a la soledad, entregado en exclusiva a sus designios creadores. Ni Lou Andreas-Salomé, con todas sus «horas de vuelo» como esposa de otro hombre y antigua novia de Nietzsche, ni Baladine Klossovska («Merline»), amante rendida por entero, alcanzaron la sumisión de aquel personaje seductor y extraño

por demás gentil y leal confidente. Aquel conquistador, de estilo tal vez un poco trasnochado, que veía en el modelo de Mariana Alcoforado, la «Monja portuguesa» (9), la encarnación suprema del amor erótico-platónico. Algo parecido apreció respecto de la literata paduana Gaspara Stampa (1523-1554) y de E. Barrett-Browning (1806-1861).

Si aceptásemos como buena la afirmación del psiquiatra sudafricano Simanauer, resulta que Rilke padeció «inclinaciones homosexuales». Ahora que, como tal opinión se contradice con los testimonios de las damas que le conocieron más de cerca, venimos a dar que R. M. R. era un varón en toda la extensión de la palabra. Ruf Carballo no descarta que el carácter del poeta refleje rastros del complejo edípico. Lástima es, piensa uno, que el propio «paciente» no quisiera someterse a un serio psicoanálisis —lo que hubiese gustado mucho a Lou Andreas-Salomé, aventajada discípula del doctor Freud—, para disponer así de un diagnóstico transparente. Una cuestión es incontrovertible: la pluma que más había ensalzado a las mujeres (sin tener que sufrir al tiempo por su culpa), se rendiría por una cortesía hacia alguna. Rosas —la flor-fetiché de Rilke— cortadas en el huerto de Muzot, el pinchazo de una espina, fueron el fulminante mortal puesto a una especie de leucemia. Un mes de sufrimientos indecibles en el hospital de Val-Mont, tiempo más que sobrado para ejemplificar aquello del «morir de la propia muerte, la muerte que deriva de la vida», a base de rechazar los recursos ilusorios de la terapéutica —casi como Juan Ramón Jiménez—, llevaron a la tumba de Rogné (29-XII-1926), la del enigmático epitafio, al poeta que más alto subió —eso pensamos— entre los de este siglo. El más extraordinario defensor de la propia misión estética, el más famoso buscador de la soledad, justamente cuando nadie quería hacer oídos a la voz del silencio. ■ G. G.

(9) Un libro polémico, obra de las llamadas «tres Marias», apareció en Portugal en vísperas del Movimiento del 25 de abril. Según declaró una de las coautoras a Víctor Márquez Reviriego (TRIUNFO, día 18 de mayo de 1974), «Novas cartas portuguesas» intenta desmitificar las famosas «Cinco cartas» —¿apócrifas?— de sor Mariana Alcoforado (1640-1723), escritas en su fogoso enamoramiento del francés conde de Chamilly. Estas cartas, casi desconocidas hasta hoy por el público portugués, son difíciles de encontrar en español. Sin embargo, a raíz de publicarse en Francia, en el siglo XVII, su autenticidad fue puesta en duda por J.-J. Rousseau y otros. Rilke las trasladó al alemán. Más recientemente, los lusitanos tuvieron oportunidad de ver una adaptación escénica —realizada por franceses— de estas apasionantes piezas epistolares.

(7) Traducción de Víctor Scholz y Alvaro Cunquero. Ed. AHR. Barcelona, 1959.  
(8) «Cartas a un joven poeta» (1903-1908).